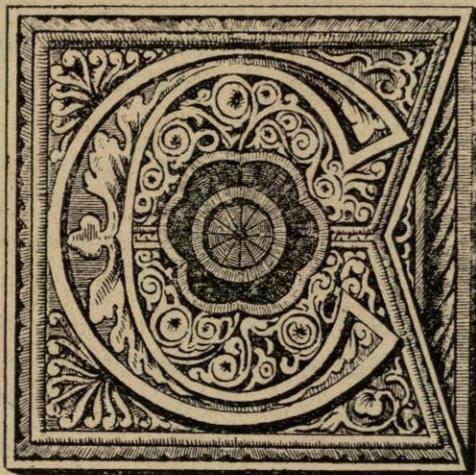


LOS AGUSTINOS EN AMÉRICA

DURANTE EL SIGLO XVI



CONTINUACIÓN de la epopeya de la reconquista española, coronamiento espléndido de una guerra prolongada á través de siete siglos, teatro nuevo abierto por la Providencia á la actividad de una raza heroica é indomable que, después de arrojar la barbarie de la Media Luna á los arenales del África, iba á plantar la Cruz en un mundo desconocido; la conquista de América es, á la vez, el

acontecimiento más trascendental de la historia moderna y la página más gloriosa de nuestros anales patrios. Los hombres que arrancaron al Océano el tesoro escondido y sojuzgaron los seculares y robustos imperios de los aztecas y los incas, han merecido severos reproches por su ambición y sus vicios; pero, á pesar de todos ellos y de las desmesuradas proporciones que les dió la filantropía sentimental de los enciclopedistas franceses, y que ha rebajado mucho la investigación minuciosa y desapasionada, aún queda ancho campo abierto á la admiración y el panegírico en la obra civilizadora de los españoles en el Nuevo Continente.

¿Cuál fué el espíritu que la dirigió en lo que tuvo de grande, beneficiosa y humanitaria? Ningún otro, ciertamente, que el espíritu de fe y de caridad, de abnegación y mansedumbre, representado en las legiones de apóstoles salidos del seno de los claustros para evangelizar á los indios y ejercer con ellos la más tierna y solícita paternidad, defendiéndoles contra las agresiones de la avaricia sin entrañas, del orgullo y la tiranía. Los mismos historiadores clerófobos, los poetas americanos execradores del nombre de España, los panegiristas de la civilización precolombiana, inclinan su frente con respeto ante la figura del misionero católico del siglo XVI, como amparador de las razas sometidas por la victoriosa espada de Cortés, Pizarro y cien otros aventureros ilustres. Para creer que el P. Las Casas mantuvo aislado y sin auxilia-

res la bandera de la justicia y el derecho, y que su fanatismo ardoroso y sin medida fué el único valladar opuesto á la inhumanidad de algunos gobernadores hidr6picos de oro y sangre; hay que cerrar los ojos á la luz que irradian las historias generales de la conquista, las particulares de las 6rdenes religiosas, las bulas pontificias, é infinitos documentos de toda especie, que pregonan muy alto la celosa actividad del clero regular y secular en pro de la misma causa comprometida por las extremosidades del obispo dominicano.

Al igual de las dem6s corporaciones mon6sticas se distingui6 en este y en otros sentidos la que, fundada por San Agustín y heredera de su espíritu, mientras ilustraba las sillas episcopales de la Península, las aulas de sus universidades y el renombre de su cultura científica y literaria por medio de tan esclarecidos varones como Santo Tomás de Villanueva, Fr. Luis de León, el Bto. Alonso de Orozco, Márquez, Malón de Chaide y tantos más; difundía no pequeña parte de su vitalidad en los remotos climas del otro lado del Atlántico.

I

El día 7 de Junio de 1533 llegaron de Veracruz á Méjico siete religiosos agustinos procedentes de los monasterios principales de España y elegidos entre los muchos que solicitaban pasar al Nuevo Mundo. Incidentes de diversa índole habían impedido realizar antes esta expedición proyectada ya desde el año 1527; pero aún había mucho que trabajar en la reducción de los indios á la fe del Crucificado, aún existían pueblos y comarcas por donde extenderla, y otros en que necesitaba robustecerse y arraigar.

La voz insinuante y elocuentísima de Fr. Agustín de Coruña, futuro obispo de Popayán, hizo milagros entre los naturales de Chilapa, villa situada á 45 leguas del Sur de Méjico, á la que fué destinado con otro compañero de hábito y de fervores. Ingente muchedumbre, entre curiosa y asombrada, acudía á oír á aquel hombre extraordinario; pero un edicto imponiendo severas penas, hasta la capital, á todo el que se le acercara, descompuso el improvisado y dócil auditorio, y redujo á los misioneros á la situación más afflictiva. Faltos de todo recurso, sin más alimento que un poco de maíz tostado, teniendo que cargar sobre sus hombros los haces de leña con que hacer fuego, internáronse en lo más abrupto de las sierras para atraer á los pusilánimes ahuyentados por el temor. Al cabo de tres meses de cruelísima prueba, verificóse una mudanza radical en los perseguidores, el odio se trocó en cariño, siendo tanta la afición de ricos y plebeyos á los dos santos religiosos, que á viva fuerza querían retenerles consigo cuando momentáneamente hubieron de ausentarse para concurrir á una junta del convento de Méjico.

El de Santa Fe, fundado en el pueblo del mismo nombre, á dos leguas de la capital, por Fr. Alonso de Borja, venía á ser como centro ó piedra angular de un en-

sayo curioso de socialismo evangélico. Más de doce mil indios, imitadores de la perfección religiosa, dividiendo las horas del día entre los ejercicios de piedad y el cultivo de las tierras que todos poseían en común, y voluntariamente sujetos á la autoridad de un fraile, debieron de ofrecer sin duda un espectáculo harto más pacífico y edificante que el de los falansterios del siglo XIX. Tan hermoso sueño de república ideal y semiceleste fué concebido y realizado por un oidor de la Audiencia mejicana, el licenciado Vasco de Quiroga, especie de Tomás Moro, no menos entusiasta y más práctico que el autor de la *Utopía*, varón piadosísimo y de inagotable caridad, que dejó fundados en Santa Fe un hospicio de huérfanos contra la horrible y generalizada costumbre del infanticidio, un colegio de enseñanza para los indígenas, y un suntuoso hospital.

En 1536, y por el propósito que tenían los agustinos de consagrarse exclusivamente á la ardua empresa de predicar á los indios no bautizados, se separó al padre Borja de su retiro de Santa Fe, y se le destinó á la conversión de los otomíes, raza salvaje é inculta que, según el cronista Grijalva, venía á ser respecto de las demás de Méjico, como los sayagueses respecto de la mayoría de los españoles. El clima ingrato, el terreno fragoso é intransitable sin un árbol ni un río, las costumbres groseras, el idioma recargado de guturales, dividido en dialectos, y extraordinariamente difícil de pronunciar y aprender¹, no fueron obstáculos bastantes á rendir el heroísmo de Fr. Alonso de Borja que, acompañado de otros dos agustinos, recorrió á pie aquellos lugares, y aprendiendo con prodigiosa rapidez la lengua de sus moradores, los instruyó en la fe cristiana y excitó en ellos simpatía y veneración sin límites.

Entretanto habían llegado sucesivamente á la Nueva España dos levadas de misioneros, repartidos en distintas direcciones, y se multiplicaron los conventos y residencias, al mismo tiempo que se embarcaban cuatro religiosos agustinos con Ruy López de Villalobos en la expedición al extremo Oriente conducida por aquel desdichado General. La provincia de Méjico comenzó á gobernarse por sí propia, y vivió independiente de la de Castilla desde 1544.

Por este tiempo las reclamaciones indignadas y enérgicas de Fr. Bartolomé de Las Casas contra los inicuos tratos de que eran víctimas los indios, se tradujeron en leyes sobrado generales y que, de cumplirse en toda su amplitud y crudeza, habrían constituido un verdadero despojo de los conquistadores para beneficio y enriquecimiento de la Corona de España. Por Real orden cuya ejecución en el Perú se encargó á Vasco Nuñez de Vela, y en Méjico al licenciado Francisco Tello de Sandoval, quedaban privados los hijos de los conquistadores y pobladores del derecho á suceder á sus padres en las encomiendas que éstos disfrutasen. La muerte del Virrey del Perú en la guerra promovida por Gonzalo Pizarro y sus parciales, testificó lo imprudente de las ordenanzas que dieron origen á tal crimen. Gracias á la intervención pacífica y razonable de las Órdenes religiosas, no tuvo que deplorar el reino de Nueva España escenas de luto y sangre, ni se vulneraron los fueros de la equidad y la jus-

¹ *Anales del Museo Michoacano, entrega 3.^a (1888).*

ticia. Las vejaciones que presenció Fr. Bartolomé de Las Casas y de que había dado cuenta al emperador Carlos V, no se conocían en la Nueva España hacía ya muchos años por virtud del espíritu conciliador de los misioneros regulares. Fuera de que no procedía aplicar en un territorio leyes dictadas para atajar los abusos de otros muy distintos, y de que las pingües utilidades derivadas de aquí para el regio patrimonio, traían consigo la miseria y el desheredamiento ilegítimo de numerosas familias; ¿como no prever que faltarían exploradores para los países aún no descubiertos del Continente americano, una vez demostrada la ingratitud de la Corona de Castilla con los que tan lealmente y á su costa le habían prestado sus servicios? Estas y otras representaciones hicieron al Visitador de Nueva España los provinciales de agustinos franciscanos y dominicos; y ¡cosa notable y maravillosa muestra de desinterés! ni ellos ni el obispo D. Juan de Zumarraga se negaron á ceder las encomiendas que poseían respectivamente, contentándose con defender la causa de los demás.

Obtenido del Visitador el sobreseimiento, se embarcaban los tres provinciales con rumbo á la Península, partiendo desde aquí á Alemania para negociar con Carlos V la anulación de la discutida ley. Tan eficazmente trataron el asunto, que no tardó en concederse la extensión del derecho de los conquistadores á sus mujeres é hijos según la fórmula propuesta por los demandantes ¹.

Si las corporaciones monásticas interpusieron esta vez su prestigio en favor de los españoles, no descuidaban un punto el cuidado penoso y la educación de las tribus indígenas, como hubo de manifestarse en la luctuosa epidemia iniciada en 1544. Los habitantes del reino de Méjico forjaron al rededor de ella tradiciones y mitos legendarios de los que inspira el terror ante el espectáculo de las calamidades públicas. Cometas de colosal tamaño y de rojizo y siniestro viso, emanaciones de agua sanguinolenta, aparición de espadas de fuego en los aires, masas carboníferas disueltas en la corriente de los ríos; tales fueron los signos asociados por la fantasía del vulgo á la formidable invasión morbosa que redujo á una sexta parte la población de la Nueva España, haciendo desaparecer familias enteras, y asolando pueblos, villas y ciudades.

Los agustinos, y todos los religiosos fueron en esta ocasión los ángeles tutelares del indio, curando amorosamente á los enfermos, mezclando su aliento con el de los apestados para darles con la absolución sacerdotal la salud del alma, si no eran capaces de la del cuerpo, volando por las casas y los lugares donde había que enjugar lágrimas, y repartir bendiciones y consuelos. No pregonan la caridad cristiana sus sacrificios, y por eso desconocemos hoy los nombres de aquellos mártires que tampoco

¹ Para que se vea la interpretación que debe darse á estas negociaciones de los frailes, trasladaré aquí un párrafo de la carta que dirigieron en 1561 á Felipe II los provinciales de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín, en defensa propia y de los indios. Refiriéndose á los últimos, decían: «...A V. M. humildemente suplicamos se les dé todo favor, y sean lo posible relevados, porque es agora la llave del seer dellos en lo espiritual y temporal; y sin con amor y suabidad son agora tratados y relevados, se aumentarán en conoimiento de Dios y en número y policía para servir á V. M.; y si lo contrario sienten, como son tan flacos y pobresillos, todo nuestro trabajo abría sido en bano...» *Cartas de Indias. Publicadas por primera vez el Ministerio de Fomento*. Madrid, 1877, pág. 150.

buscaban los aplausos de la fama, sino sólo el cumplimiento de la voluntad de Dios y el bien de sus semejantes.

Otras epidemias infestaron el suelo de Méjico posteriormente, y en todas volvieron á reproducirse las mismas escenas de abnegación sublime, dignas del pincel de Murillo ó Zurbarán.

Los agustinos tenían organizado el servicio de los enfermos en la forma que indica el siguiente testimonio del cronista Grijalva: «En el reino de Mechoacán (*Michoacán*) se fundaron todos los conventos de nuestra Orden con un santo estatuto que, arrimado (*sic*) á las iglesias y á los conventos están edificados hospitales, donde traen todos los indios que enferman, de cualquier condición que sean, y allí son curados y regalados mucho mejor que en sus casas. Allí están los religiosos la mayor parte del día hechos hospitaleros y médicos: por orden suya se curan, por sus manos comen, y siempre les están haciendo compañía con el mismo amor que un padre hiciera á sus hijos ¹».

Por referencia del mismo historiador sabemos que sus hermanos de profesión se dedicaron á construir hermosas fuentes en las poblaciones de alguna importancia, á la vez que hacían traer de España productos exóticos en tierras tropicales, y enseñaban á los indígenas á cultivar el trigo y el maíz, y á ejercer fecundos trabajos mecánicos.

No cabe ingerir aquí las biografías, ni siquiera compendiadas, de tantos ilustres varones que, después de haber trocado las ilusiones todas de la vida por las asperezas del claustro, renunciaban también al aire y al suelo de la patria para abrazarse con la cruz de Cristo y extender su gloria y llevar hacia él á los humildes, á los ignorantes y pequeñuelos. Entre los apóstoles que dió la Orden agustiniana al Nuevo Mundo, los había tales, que por la nobleza de la cuna ó por la fama de ingenio y saber, ó por galardón de merecimientos y proezas en servicio de la patria, podían acariciar esperanzas que sacrificaron voluntariamente.

El padre Fr. Nicolás de Witte, noble flamenco emparentado con el emperador Carlos V ², entró en el convento de Burgos el mismo día señalado para sus bodas con una doncella de elevada alcurnia, y embarcándose después para las Indias, se consagró tan fervorosamente á la evangelización de los naturales, que éstos le llamaban el *Noco* (paisano, amigo, compañero), y reportaron no pocos beneficios del valimiento que el fraile tenía con el poderoso Señor de España y Alemania.

Á Fr. Alfonso de Veracruz corresponde la gloria de haber tomado parte principalísima en la fundación de la universidad de Méjico; él fué asimismo el oráculo de las autoridades eclesiásticas y civiles del país, polígrafo de erudición vastísima, tan versado en Teología, Escritura y Derecho canónico como en ciencias físicas y naturales, y en arduas negociaciones diplomáticas. Antes de ingresar en la Orden de San Agus-

¹ *Crónica de la Orden de N. P. San Agustín en las provincias de la Nueva España*, fol. 69.

² Al cual dirigió una recomendación en favor de Guido de Lavezariis, inserta en las *Cartas de Indias* (páginas 119-120).

tín, había honrado como escolar y como profesor las aulas salmantinas. Desempeñando este cargo, á la vez que educaba é instruía á dos hijos del duque del Infantado, hubo de conocer y tratar al venerable P. Fr. Francisco de la Cruz, provincial de los agustinos de Nueva España, adonde tenía éste ánimos de regresar en breve con otros religiosos, y en cuya compañía se decidió también á partir el sabio maestro de Salamanca. El nombre de Alfonso de Veracruz con que se le conoció posteriormente, procedía de haber vestido en la ciudad así llamada, el hábito agustiniano.

Las razas sometidas tuvieron en el P. Veracruz un defensor ardiente; el primero que reconoció en los indios la capacidad moral é intelectual necesaria para recibir todos los sacramentos, el primero que contra la marea de opiniones corrientes y arraigadas se decidió á administrarles el de la Santa Eucaristia, el que con más entereza luchaba por eximirles de la imposición de los diezmos, atrayéndose la inquina y el enojo de los que opinaban en contrario y enviaban memoriales á la Península para indisponer al ilustre misionero con la Cesárea y Católica Majestad.

No obstante, brillaron con tan intensos resplandores la virtud acrisolada, la sabiduría y las dotes de gobierno reunidas en el P. Veracruz, que el obispo de Michoacán, D. Vasco de Quiroga le nombro Gobernador eclesiástico de su diócesis al ausentarse de ella con ánimo de asistir al Concilio de Trento, y el provincial de agustinos le hizo su Vicario, y al fundarse la universidad de Méjico se le confió la cátedra de prima de Teología escolástica, creándose luego para él otra de Santo Tomás, y finalmente cuatro veces distintas fué elegido superior de la Orden en aquel reino, y tres para otros tantos obispados que sin vacilaciones renunció.

Para arreglar las diferencias que surgieron entre los ordinarios y los regulares sobre si éstos debían ejercer la cura de almas, no se halló hombre más á propósito que el P. Veracruz. Con tal comisión vino á España cuando ya le habían precedido informaciones odiosas, por cuya virtud se le recibía en la Corte fríamente y no sin cierto recelo ó suspicacia. Tan buena mano se dió para desvanecerlos, que á poco había cambiado de resolución Felipe II hasta solicitar y obtener del Papa una bula autorizando á los religiosos para desempeñar las funciones del ministerio parroquial, y revocando lo dispuesto por el Concilio Tridentino.

Como teólogo y escritor representaba Fr. Alonso de Veracruz en la América española aquel espíritu de noble libertad engendrado por el Renacimiento, tal como lo entendía la escuela agustiniana, señaladamente Fr. Luis de León, y de protesta contra el pseudo-escolasticismo degenerado, sutil, farragoso y estéril que convirtió el arte de pensar en un acervo de fórmulas vacías. Ciertó que en la *Recognitio summarum*¹ no aplicó el sabio agustino la segur de la crítica á la raíz del acebuche dialéctico, porque se lo impedían las preocupaciones dominantes; pero podó muchas ramas inútiles, y debe agradecersele de veras por los adelantos que así in-

¹ De este libro, impreso en Méjico el año 1554, se hicieron cuatro ediciones en Salamanca durante el siglo xvi.

rodujo en la enseñanza universitaria. El *Speculum conjugiorum* que reprodujeron las prensas de Madrid, Salamanca y Milán, la *Phisica speculatio* que también circuló profusamente, y muchos más escritos, impresos ó inéditos, del P. Veracruz, descubren una inteligencia perspicaz y amplia que se extendía á todos los órdenes de conocimientos, y un deseo insaciable de penetrar los arcanos de la sabiduría. Para transfundirlo y penetrarlo en los religiosos de su provincia, fundó el Colegio de San Pablo, donde se había de educar una porción selecta de aquéllos, y lo enriqueció con una copiosísima biblioteca, de la que formaban parte no sólo libros de cuantos idiomas y materias se conocían entonces, sino instrumentos de Mecánica, Astronomía y Náutica, globos, mapas y curiosidades científicas de diversa especie.

Cuando el proceso inquisitorial de Fr. Luis de León dió á conocer las proposiciones que el gran poeta y teólogo había sustentado desde su cátedra, y de que se escandalizaron los ergotistas meticulosos, exclamó el P. Veracruz asombrado: «En verdad que me pueden quemar á mí si á él le queman; porque de la manera que él lo dice lo siento yo».

Tales hombres producía la Orden de San Agustín en la Nueva España, y tales servicios prestó á la civilización de aquellos países. Pero su gloria immarcesible estuvo en la conquista incruenta de las islas Filipinas ¹, en haber contribuído eficazmente á realizar el ensueño sublime de Magallanes cuando, en busca de la unión del Atlántico y el Pacífico, y tras un azaroso y épico viaje que compite con el de Colón y aun quizá le excede en increíbles y hazañosas temeridades, completó el mapa del mundo, aunque la Providencia le negara la gloria del triunfo regresó al punto de partida, gloria reservada á Sebastián de Elcano ².

Después de la expedición de Magallanes se organizaron tres consecutivas y con el mismo rumbo, una que salió de la Coruña á las órdenes del comandante García de Loaisa, y dos de América organizadas y dirigidas por Alonso de Saavedra y Ruy López de Villalobos. El infeliz resultado de todas ellas no desalentó á Felipe II que, al suceder á su padre en el trono de España, trató de continuar sus proyectos de colonización en las islas del Grande Océano. Á este fin puso los ojos en el P. fray Andrés de Urdaneta, antiguo capitán de navío, compañero de Loaisa y Saavedra, que había guerreado valerosamente contra los portugueses en el famoso litigio sobre la pertenencia de las Molucas, peritísimo cosmógrafo á quien se había ofrecido el mando de la flota que por renuncia suya se confió á Villalobos, y navegante experimentado que, por remate de sus aventuras, pedía al claustro la tranquilidad silenciosa y la dicha verdadera.

Una carta de Felipe II y el precepto de los superiores de la Orden hicieron reanudar á Urdaneta, ya religioso, sus antecedentes triunfos de explorador y marino, pues

¹ Además de la obra citada de Grijalva pueden consultarse la *Conquista de las islas Filipinas* por Fr. Gaspar de San Agustín, y el *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de las islas Filipinas* por los padres agustinos Fr. Manuel Buceta y Fr. Felipe Bravo (Madrid, 1850).

² Magallanes murió envenenado por una flecha en la isla de Mactán á cuyos habitantes iba á combatir en defensa de los cebuanos.

á su cargo estuvo la dirección general de los cinco buques que se hicieron á la vela en el puerto de Navidad el 21 de Noviembre de 1564 hacia las islas llamadas del Poniente. El adelantado Miguel López de Legazpi, jefe inmediato y oficial de la expedición, defería en un todo al criterio y á las opiniones de Urdaneta, é identificándose por carácter, por convicción firme y por las órdenes recibidas de Felipe II, con las tendencias pacificadoras y evangélicas de los misioneros agustinos, se resolvió á no emplear jamás la violencia y á prescindir de las armas, á no ser en caso de absoluta necesidad.

Al tomar posesión de la isla de los Barbados (ó Barbudos), primera que encontraron en su derrotero, encargó Legazpi á su nieto Felipe de Salcedo, Urdaneta y los soldados de guardia «que no hiciesen daño ni maltrato alguno á los indios y naturales de la dicha isla, ni les tomasen bastimentos ni otras cosas de sus haciendas, y antes les dió cuentas y otros rescates que diesen á los dichos naturales en señal de paz y amistad y amor...»¹ Esta misma conducta se observó con los isleños de Filipinas á pesar de las emboscadas y traiciones de que fueron víctimas algunos españoles. Siempre que se descubría tierra nueva, destacaba Legazpi un corto número de soldados con su capitán y un religioso, expuestos todos ellos á infinitos y graves peligros de muerte, faltos de medios de resistencia, y confiados en el poder de la persuasión y el cariño, aunque no sin cierta prudente desconfianza. Al fondear las embarcaciones en un puerto, se procuraba que los indios se acercasen á ellas, se les hacía comer, y poniendo ante sus ojos deslumbradoras baratijas que guardaban con aprecio y entusiasmo, vino á iniciarse entre isleños y expedicionarios una corriente de simpatía que se convirtió por parte de los primeros en hostilidad abierta, merced á las intrigas de los portugueses de las Molucas.

En la apurada situación á que dió origen tan lamentable ruptura, hubo de embarcarse el P. Urdaneta para la Nueva España, y desde allí dirigirse á la corte con objeto de exponer al Rey los terribles obstáculos que contrariaban la colonización de Filipinas. La felicidad con que se efectuó la temida vuelta á través del casi inexplorado Pacífico, no sólo acreditaba una vez más al experto fraile, sino que le permitió trazar una carta con prolijas é inapreciables indicaciones, que fué por muchos años la guía única de los navegantes.

Legazpi, auxiliado eficazmente por los misioneros, continuaba sus esfuerzos para la reducción pacífica de los indios. Habiéndose convertido á la fe cristiana la hija de Tupas, rey de Cebú, la hizo bautizar con espléndidas pompas litúrgicas que produjeron viva y grata impresión en el ánimo de los indígenas, cada vez más aficionados á los españoles y á sus costumbres. Al dejar la isla de Cebú para dirigirse hacia el Norte, la confió á los agustinos, y lo mismo hizo con la de Panay, descubierta posteriormente. Pero donde se manifestaron con más claridad el ánimo inquebrantable, la

¹ Testimonio publicado en la *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar*. Tomo núm. 3, II de Filipinas. Madrid, 1887, página 78.

aguerrida condición y la generosidad sin límites de Legazpi, fué en la conquista de Luzón, lograda con un puñado de valientes y luchando con la perfidia de astutos reyezuelos de que triunfaron al fin el valor y la clemencia del invicto caudillo.

Si la Religión tuvo señalada influencia en estos sucesos, por ella y sólo por ella penetró en las Visayas la bandera española tremolada por los misioneros que se atrevían á desafiar con el ascendiente de su palabra y su virtud los instintos de una raza salvaje, y que, encontrando estrechos para sus aspiraciones los límites del Archipiélago Filipino, se arrojaron á penetrar en el Celeste Imperio, ofreciéndose á perpetua esclavitud, y entregándose en manos de capitanes chinos que les hicieron sufrir horribles tormentos.

¡Singulares injusticias de la historia! ¿Por qué no habrá concedido á Legazpi, Urdaneta y Rada las palmas de la fama universal? ¿Es que necesitan abrillantarse con arreboles de sangre para que no las marchite el soplo destructor de los años? ¿Es que las maravillas de la fuerza moral no pueden competir con la costosa gloria de los combates? No sé, pero cuando se compara detenida é imparcialmente la conquista de Méjico y el Perú con la de Filipinas, aquellas hecatombes de individuos y de pueblos con esta suave y venturosa atracción de las razas inferiores y primitivas por otra superior y civilizada que las somete, eleva y dignifica; la razón imparcial y serena, y los sentimientos humanitarios se deciden por el último sistema de colonización, tanto menos ensayado y brillante cuanto más difícil y beneficioso.

II

Desde que Francisco Pizarro con un solo navío y 120 hombres acometió la homérica empresa de explorar y someter el imperio de los incas, siete veces mayor en extensión que toda España, hasta que el verdugo cortó la cabeza de otro Pizarro célebre, hermano del conquistador, las furias de la discordia fratricida y el odio salvaje no cesaron un momento de asolar aquel rico y hermoso país, ni se apagó el incendio fomentado por las ambiciones tiránicas y egoístas, ni á los oídos de los peruanos hicieron apenas llegar otra voz sus dominadores que las de mando ó exterminio. Los pocos religiosos y sacerdotes que arribaron á esta tierra antes de promediar el siglo XVI, no bastaban para educar en la fe de Cristo á la innumerable muchedumbre que la desconocía, y á la que tuvieron por mucho tiempo soliviantada y recelosa los desmanes y la crueldad de algunos españoles. Al generoso anhelo de la propaganda cristiana y civilizadora se sobrepusieron la sed insaciable de riquezas, y la explotación de los múltiples recursos que para satisfacerla ofrecían la tierra virgen y el abusivo empleo de la autoridad.

Al pisar la playa del Callao doce apóstoles de la Orden agustiniana con patente del emperador Carlos V para la Real Audiencia del Perú (1551), se iban sosegando las revueltas civiles, é inaugurándose una era de paz que, por desgracia, fué tan

efímera como el virreinato del insigne D. Antonio de Mendoza ¹. Traía este personaje consigo de la Nueva España á dos agustinos, uno de ellos el P. Fr. Juan Estacio, su confesor y consejero en los más arduos negocios gubernativos, y por cuyo talento, acompañado de exquisita prudencia, santidad y fama, se redimieron los males acarreados por anteriores disturbios, castigando á los rebeldes y traidores, remunerando á los leales, y promoviendo la conversión de los indígenas.

En ella entendían con ahinco los colegas en religión del P. Estacio, á la vez que socorrían copiosamente á los menesterosos, y curaban á los enfermos, y con su vida mortificada y devota, su humildad y su menosprecio de las cosas del mundo, eran ejemplo vivo y reprensión eficaz para los extravíos y la codicia de los malos españoles. Pasma leer los documentos en que constan la estrechez suma, la disciplina rigurosa, la pobreza inverosímil, y los trabajos continuos que constituían el régimen normal de los hijos de San Agustín en el Perú. Al comparar su ascético olvido de la tierra con la molicie enervante y la disolución de costumbres que se habían hecho generales entre conquistadores y conquistados, parece que asistimos á una resurrección de la primitiva edad del Cristianismo cuando se poblaban los yermos como lugares de refugio contra las grangrenas sociales que minaban la existencia del Imperio romano, ó más bien, cuando al invadirlo los bárbaros del Septentrión, sirvieron los monjes para aplacar con sus plegarias la cólera del cielo, para atraer con su palabra hasta el pie de los altares á los antiguos é indómitos moradores de las selvas, y para conservar como sagrado depósito en medio del naufragio, las reliquias del genio y la cultura latinos.

No de otra manera los religiosos que evangelizaron á los hijos del sol, recorrían los bosques y montañas por donde vagaban dispersos los infieles, enñrenaban en las ciudades con su palabra y sus obras la perversa voluntad de los españoles revoltosos y descontentos, y con la mansedumbre, el celo y la firmeza convirtieron el antagonismo de razas, exacerbado por abusos, desmanes y tropelías, en fusión venturosa consagrada por el signo augusto de la Cruz. Seis años después de la llegada de los agustinos al Perú (1557) firmó en Valladolid Felipe II una real cédula para que se multiplicaran los monasterios en el país separándolos por distancia de algunas leguas. El lenguaje de este documento en que se reconocen los grandes adelantos conseguidos por la predicación de las Órdenes religiosas, contrasta de un modo singular con las quejas que muy poco tiempo antes había manifestado el emperador Carlos V contra la indolencia criminal de los encomenderos en la educación religiosa de los indios.

Al partir para sus respectivas provincias los heroicos hijos de San Agustín, llevaban órdenes de no recibir de los indios «oro, plata, ni otro metal, salvo legumbres ó maíz, sin prevenirse de comidas, porque su interés sólo había de ser ánimas adquiridas para Dios, dando á conocer á los indios que los religiosos no buscaban rique-

¹ *Chronica moralizada de la Orden de San Agustín en el Perú, con sucesos exemplares vistos en esta Monarchia. Tomo I por el P.^e M.^e F. Antonio de la Calancha* (Barcelona, 1638).

zas en sus tierras como los demás españoles, sino introducir la fe y las virtudes en sus ánimas como ministros de Cristo poniendo el cuidado en sola su salvación, y no en cosa alguna de propia comodidad...»¹ La misma prohibición se impuso respecto á las mercedes del Rey ó de los encomenderos, de las cuales sólo había de aceptar cada misionero lo que necesitase «para un hábito de jerga ó cordelate y para una pobre y penitente comida». Nadie podía tomar á su servicio criados de entre los neófitos para cuya instrucción se explicaría mañana y tarde la doctrina cristiana. ¡Sublimes instrucciones que, cumplidas á la letra por verdaderos ángeles en carne, limpiaron el Perú de supersticiones y ritos seculares, de los que no estaba excluido el sacrificio de víctimas humanas; hicieron brillar la luz de la fe y la civilización á los ojos de innumerables seres condenados á abyecta servidumbre; y les enseñaron á pronunciar con respeto y amor el nombre de España, que para ellos había sido aborrecible símbolo de iniquidades, depredaciones y tiranías!

Añádase, para encarecer la virtud de los obradores de tales maravillas, que todos pasaron al Nuevo Mundo por propia y libérrima elección, y que algunos, como los PP. Fr. Baltasar de Melgarejo y Fr. Antonio Baeza, procedían de ilustre linaje y habían renunciado pingües patrimonios para consagrarse á la penitencia y la caridad. Tales circunstancias concurrían también en el P. Fr. Juan de Vivero, á quien cupo la altísima honra de convertir al catolicismo y reducir á la obediencia de España al inca Sairi Tupac, y que, como consejero inseparable del Virrey D. Francisco de Toledo, conde de Oropesa, tomó activa parte en la formación de las ordenanzas, después leyes municipales, del Perú.

Vástago de una dinastía que con él perdió su independencia, no fué Sairi Tupac² un Augústulo cuya figura quede eclipsada por la tragedia de sus destinos: más faustos los merecían su tesón en la defensa del trono, á que le llamaba la sangre que corría por sus venas, su actitud digna y grandiosa de rey despojado, su resignación ante los horrores del infortunio, y sus acciones todas que parece realzar un destello de majestad caída, pero no vencida. Encerrándose en las montañas de la provincia de Vilcabamba, cerca del Cuzco y confiado en el número y la fidelidad á toda prueba de sus vasallos, acarició el ensueño imposible de restaurar la monarquía de sus mayores, hasta que, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, movido por la generosa idea de ahorrar á sus leales el sacrificio de la vida, y aconsejado por los caciques que fingieron interpretar la voluntad de los dioses; admitió los ofrecimientos del Virrey á quien rindió pleito homenaje reconociendo la autoridad de España.

Desde el mismo instante se pensó en la conversión de Sairi Tupac, considerada con razón como de importancia y dificultad sumas. Por eso, y aunque en el Cuzco había multitud de sacerdotes y religiosos, se eligió para la empresa al P. Vivero, cuya ciencia y santidad no tenían rivales ante la pública opinión. Lo que más cautivó

¹ Calancha, *Chronica moralizada* etc., pág. 356.

² Nieto de Huaina Capac (rey del Perú en los tiempos de la conquista), y sobrino de Huascar y Atahualpa, sucedió á su padre Manco, segundo de este nombre, en el derecho al trono.

la simpatía y el afecto del monarca destronado en su catequista fué el contemplar su desinterés, su menosprecio de pompas y riquezas. Tan honda y eficazmente penetraron en el corazón del neófito las palabras del venerable ministro de Dios, que no sólo se dispuso á ser bautizado, sino á contraer matrimonio cristiano con una de sus mujeres, separándose de las demás.

Tan señalado triunfo de la gracia, en el que vieron las autoridades civiles un servicio inapreciable á la Corona de Castilla, el descubrimiento de una conjuración contra el Virrey, debido exclusivamente al P. Vivero, y el haber éste colaborado, según queda dicho, en las ordenanzas para el gobierno del Perú, inclinaron el ánimo de Felipe II á galardonar los merecimientos del humilde religioso con la mitra de Cartagena, y después con la de Chuquisaca. El obispo electo pasó á mejor vida á ceñir la aureola de la inmortalidad celeste.

Á las montañas de Vilcabamba de donde salió Sairi Tupac para hacer en Lima la dejación de sus dominios y prerrogativas de soberano, fueron á desterrar ídolos y propagar la fe cristiana los PP. Fr. Marcos García y Fr. Diego de Ortiz. Bautizó el primero al inca Yupangui que conservaba una sombra de autoridad regia, merced á la tenacísima adhesión de los indios de aquellos contornos á sus tradiciones y costumbres; pero el Inca no tardó en entregarse á una vida licenciosa y depravada atrayéndose las severas reprensiones de Fr. Marcos, á quien castigó con injusto destierro. Sólo y sin auxilio entre aquellos bárbaros, no cesó de predicar el P. Ortiz, sin que le intimidasen las amenazas de Yupangui ni el temor del martirio por el que, bien al contrario, suspiraba con fervoroso anhelo.

En medio de la embriaguez y los lúbricos excesos de un festín fué pedida al Inca, como prenda de amor, la cabeza del misionero por la mujer infame con quien aquél vivía en deshonestos tratos. Antes de que el verdugo satisficiera la sed de venganza que abrasaba el corazón de la nueva Herodías, falleció Yupangui. Su amante propagó la especie de que le había envenenado el P. Ortiz, y uniéndose á esta calumnia los odios de los hechiceros y falsos sacerdotes, se le hizo condenar á muerte por el inca Tupac-Amaru. Agrúpase en contra del misionero una turba criminal que le manda devolver la vida al aún caliente cadáver, y que ebria de cólera al oír las muchas protestas del religioso, le escupe y hiere sin compasión, y amarrándole á una cruz, le hace sufrir los más exquisitos tormentos que pueden idear la rabia y el frenesí diabólicos. Descoyuntados y macerados los miembros de la víctima, exhaustas sus fuerzas y enrojecido el suelo de sangre, taladran las mejillas del mártir, introducen por ellas una cadena, le llevan arrastrando por el pueblo y le conducen en la misma forma hasta el en que estaba Tupac-Amaru. Alentados los atormentadores por la aquiescencia de su Señor, someten el casi exánime cuerpo á nueva y horrible flagelación, y lo atraviesan con un palo desde el bajo vientre hasta el cerebro, último suplicio que arrancó la vida al glorioso confesor de la fe cristiana, al primero de los que la sellaron con su sangre en el antiguo imperio de los incas.

Años adelante era aprisionado Tupac-Amaru á consecuencia de una insurrección

por el capitán Martín García de Loyola, y devoraba las amarguras del abandono sombrío y de la incertidumbre de su suerte en el mismo palacio donde había hecho ostentación pomposa de su majestad. Condenado á pena capital, no tuvo defensor más ardiente que el bendito Fr. Agustín de Coruña, hermano en religión del padre Ortiz, y obispo de Popayán, que, de hinojos ante el Virrey y con lágrimas de paternal amor solicitaba el indulto del reo. No le fué dado conseguirlo, pero sí ganar para Dios el alma de Tupac, é infundirle resignación generosa, y derramar sobre su cabeza las aguas del bautismo en el cadalso, antes de que la cercenara la cuchilla.

Mucho habría que añadir sobre los progresos y la difusión de la Orden agustiniana en América. De intento no he querido detenerme sino en aquellos hechos que por su magnitud y trascendencia pertenecen á la historia general de España y sus colonias, omitiendo infinitos pormenores con que brindan las crónicas por mí consultadas, al hagiógrafo para la edificante leyenda de oro, al pintor, al poeta y al novelista para sus inspiraciones, y al erudito para la reconstrucción fragmentaria de una edad tan memorable como borrascosa y compleja.

FR. FRANCISCO BLANCO GARCÍA
(agustino).